

SOCIEDAD, CULTURA MATERIAL Y CONSUMO TEXTIL EN EL MEDIO RURAL VALENCIANO A LO LARGO DEL SIGLO XVIII. EL CASO DE SUECA*

*Luis M. Rosado Calatayud*¹

Universidad de Valencia

Resumen: Las transformaciones que experimenta la estructura de la población de Sueca, como consecuencia de la intensificación del cultivo arrozero, debido a su elevada rentabilidad, generan un incremento del poder adquisitivo. En paralelo al incremento de la producción, se origina un importante crecimiento demográfico. Todo lo anterior favorece la aparición de unas pautas de consumo diferentes. La presencia de determinados tipos de prendas de vestir y de ajuar doméstico, en inventarios y escrituras de dote, nos ha permitido diferenciar distintos comportamientos, que responden a una multiplicidad de factores, económicos, sociales y culturales. Esta población del medio rural valenciano representa una muestra de cómo en las postrimerías del Antiguo Régimen el vestido pasó a convertirse en un identificador de clase.

Palabras clave: Cultura material, consumo, enfiteuta, producción agraria, tejido, vestido

Abstract: The transformations experienced by the structure of population in Sueca as a result of the intensification of rice cultivation due to its high profitability, increases purchasing power. Parallel to the increase in production, there is a significant population growth. All this allows the appearance of different consumption patterns. Certain types of clothing and household, seen in inventories and writings of dowry have allowed us to distinguish different behaviors, which correspond to a multiplicity of factors, economic, social and cultural rights. This Valencian rural population represents an example of how late in the ancien regime the dress went into a status identifier.

Key words: Material culture, consumerism, leaseholder, farming, weaving, clothing

EL estudio que se presenta en las páginas siguientes trata de contribuir al conocimiento del proceso de transformación que experimentó la sociedad valenciana a lo largo de la centuria del Setecientos como consecuencia del desarrollo de las relaciones de mercado y la difusión de nuevas pautas de

* Este artículo es un resumen de la Tesis del Máster de Historia e Identidades Hispánicas en el Mediterráneo Occidental, con igual título, dirigida por el Dr. D. Ricardo Franch Benavent y presentada en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Valencia el 30 de septiembre de 2009, ante un tribunal compuesto por los doctores Rafael Benítez Sánchez-Blanco y Lluís Guàrdia Marín, bajo la presidencia de la Dra. Emilia Salvador Esteban.

¹ Este trabajo está realizado al amparo de una beca para la formación de personal investigador con carácter predoctoral del *Programa V Segles*, concedida por la Universidad de Valencia.

consumo. Se inserta en el marco de los trabajos que está llevando a cabo la historiografía reciente sobre la cultura material y el consumo, que constituye una de las líneas de investigación más innovadoras en el ámbito de la historia económica del Antiguo Régimen.

En las áreas más dinámicas de Europa Occidental se ha apreciado la existencia, desde mediados del siglo xvii, de un incremento sustancial de la relación de la población con el mercado, intensificándose la demanda de mercancías y favoreciendo, consiguientemente, el cambio de las estructuras productivas que culminó con el proceso de industrialización. La trascendencia que se ha otorgado a este proceso ha conducido a la elaboración de conceptos que le atribuyen un carácter revolucionario: es el caso de la “*revolución del consumo*”, a la que se refirió N. McKendrick;² de la “*revolución de las apariencias*”, como la caracterizó D. Roche;³ o de la “*revolución industrial*”, como la calificó Jan de Vries.⁴

En el caso español, los estudios realizados al respecto se han centrado en la diferente intensidad y ritmo que adquirió el proceso en los casos de Cataluña y Castilla por medio de las investigaciones dirigidas por los profesores Jaume Torras y Bartolomé Yun.⁵ Estas investigaciones, de carácter interdisciplinar, se han desarrollado en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad Pablo Olavide de Sevilla y en el de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Los diferentes trabajos que han venido apareciendo en los últimos diez años tienen en común el estudio de la cultura material y las pautas de consumo, a partir de la documentación contenida en los protocolos notariales, tanto en aspectos relacionados con la metodología, como aquellos que nos ofrecen una extensa muestra de resultados, referidos principalmente a Castilla y Cataluña.

En el ámbito valenciano ha suscitado, en cambio, una atención menor. Los estudios realizados se han dirigido a aspectos concretos, como las dotes del siglo xvii analizadas por I. Baixauli⁶ o la indumentaria estudiada por M^a Victoria Licerás⁷ o M^a Ángeles Cantos Fagoaga.⁸ La investigación

² Neil McKendrick, John Brewer y J. H. Plumb: *The Birth of the Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-century England*, London-Bloomington: Europa Publications Limited, 1982.

³ Daniel Roche: *La culture des apparences. Une histoire du vêtement XVIIe - XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 1991.

⁴ Jan de Vries: *The industrious revolution: consumer behavior and the household economy, 1650 to the present*, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 2008.

⁵ Los resultados se han plasmado en dos obras principales. Bartolomé Yun Casalilla y Jaume Torras: *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos xvii-xix*, Valladolid, 1999; y “El consumo en la España pre-industrial”, en *Revista de Historia Económica*, Año XXI, Madrid, 2003.

⁶ Isabel Amparo Baixauli: *Casar-se a l'Antic Règim: dona i família a la València del segle xvii*, Valencia, 2003.

⁷ M^a Victoria Licerás Ferreres: *Indumentaria valenciana, siglos xviii-xix: de dentro afuera, de arriba abajo*, Valencia, 1991.

que pretende abordar el problema con mayor amplitud es la que está llevando a cabo Daniel Muñoz Navarro⁹ para la elaboración de su tesis doctoral. Su perspectiva fundamental se basa, por tanto, en el estudio de los sistemas de comercialización de productos textiles en la ciudad de Valencia. Con el presente trabajo, se intenta completar las investigaciones sobre consumo y comercialización textil, basadas en la oferta de comerciantes, planteando un escenario diferente, aquel que nos facilita la documentación familiar y que nos permite observar la evolución del consumo desde el lado de la demanda.

El primero de los objetivos propuestos es el conocimiento de la evolución de las pautas de consumo familiar del textil y sus transformaciones a lo largo del siglo XVIII. Se ha elegido una población encuadrada en las comarcas centrales valencianas, concretamente la capital de la Ribera Baixa. Sus características la hacen idónea para la obtención de una muestra, lo suficientemente representativa, de la sociedad rural, ya que presenta una serie de singularidades importantes, en lo que se refiere a su composición social, administración y base económica. El segundo de los objetivos de este estudio es el de averiguar la existencia de analogías o desigualdades en las pautas de consumo. En qué medida son determinantes los niveles sociales y profesionales. Se trata de analizar la evolución del consumo, desde la óptica de la demanda; estableciendo los elementos que provocan cambios de comportamiento y la relación entre consumo, clase social y nivel de rentas. Es por eso que se hace necesario el conocimiento de las estructuras sociales de la muestra, para analizar las distintas pautas de consumo. Como un elemento añadido, lo que vendría a constituir el tercero de los objetivos del presente trabajo, tratar de conocer la incidencia en las pautas de consumo de otros elementos socio-culturales, como puede ser la moda; la incorporación de modelos foráneos; o el carácter mimético que ejerce el círculo social en un determinado estrato de población, relacionado con el vestido. En este punto es necesario determinar la incidencia de la variable de género en las pautas de consumo.

Sueca, según el censo de Floridablanca, se situaba muy próxima a los 5.000 habitantes, con una tasa de crecimiento muy acusada hasta 1768. Es un pueblo grande, de marcado carácter agrícola, que en la centuria del Setecientos seguía teniendo la consideración de *Universitat*, sin alcanzar la categoría de ciudad. Estaba sujeto al régimen jurídico señorial, bajo la administración de la Orden de Montesa. Se trata de un municipio que experi-

⁸ Ma^a Ángeles Cantos Fagoaga: *Consumo e indumentaria en la Huerta de Valencia. Torrent siglo XVIII*. Trabajo de Investigación inédito, dirigido por la Dra. Mónica Bolufer Peruga. Valencia, septiembre 2006.

⁹ Daniel Muñoz Navarro: *Comercio de tejidos al por menor en la Valencia del siglo XVIII. Los Sumbiela y los Solernou. Dos linajes de botigueros de ropas*. Trabajo de Investigación inédito dirigido por el Dr. Ricardo Franch Benavent. Valencia, julio 2007.

mentaría una fuerte expansión a lo largo del siglo XVIII, especialmente en la segunda mitad. La causa de este desarrollo tiene como protagonista indiscutible el arroz, ya que por cuestiones de salubridad se trató de alejar del medio urbano de la ciudad de Valencia la superficie destinada a este cereal, desplazándose hacia el entorno del lago de la Albufera. Su cultivo conseguiría año tras año aumentar el número de hectáreas. Este notable incremento de superficie cultivada, al que hay que unir la tradicional práctica de la agricultura intensiva, apoyada por un eficiente sistema de irrigación, hizo que aparecieran unas mayores oportunidades de empleo, provocando una fuerte eclosión demográfica. El incremento de la demanda de arroz, como sustitutivo de otros tipos de cereal, debido a la escasez, por la sucesión de malas cosechas, del trigo, y a la carestía de los mismos, generó una importante alza en los precios de la gramínea, que llevó a unos crecimientos, prácticamente exponenciales, de su producción en las postrimerías del setecientos.

En 1795 el arroz representaba más del 80% de la producción agrícola local y se comercializaba fuera de Valencia una parte considerable del mismo. En los años finales del XVIII, el arroz cultivado en Sueca suponía cerca del 40% del valor total de las mercancías embarcadas en los diez puertos que componían la aduana de Valencia, incluido el de la propia capital.¹⁰ Sueca ofrecía una estructura socio-profesional con un claro dominio de los labradores y jornaleros, que dan ocupación a más del 80% de la población activa. No obstante, el carácter eminentemente comercial de su agricultura justifica la presencia de comerciantes, incluso de origen extranjero, como son franceses y malteses.¹¹ Las transformaciones en los medios de producción, junto con el elevado flujo de intercambios y transacciones comerciales, hicieron permeable la población a la entrada de productos, favoreciendo la modificación de las pautas de consumo.

Se plantea un escenario de larga duración, desde los años previos a la guerra de Sucesión hasta las vísperas de la revolución liberal. En el desarrollo de toda la centuria del Setecientos, podemos percibir una importante transformación de la sociedad y la administración borbónica, en la que a pesar de los avances, subyace como principal escenario la situación señorial, que persiste en buena parte de la geografía valenciana.

El colectivo que responde a la denominación de campesino ofrece una diversidad de situaciones, que van desde el terrateniente absentista hasta el

¹⁰ Ricardo Franch Benavent: *Crecimiento comercial y enriquecimiento burgués en la Valencia del siglo XVIII*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1986, pp. 92 y ss.

¹¹ Luis M. Rosado Calatayud: "Malteses, pasiegos, tratantes y botigueros. Mercado y actividad comercial en Sueca durante la primera mitad del siglo XIX", en *Actes de l'XI Assembla d'Història de la Ribera. Corbera, 10, 11 i 12 de novembre de 2006*, Ajuntament de Corbera, 2008, pp. 279-298.

simple jornalero, pasando por el enfiteuta de nivel medio, que completa sus ingresos con el arrendamiento de tierras a terratenientes forasteros. Pero la mayoría de la población se compone de propietarios de pequeñas parcelas, insuficientes para subsistir, y de jornaleros.

Por su parte, el pequeño taller artesano sigue siendo en el XVIII el sistema de organización industrial más extendido y, en consecuencia, trabajaba para un mercado poco importante, incluso en la industria como la textil, que era la que daba ocupación a mayor número de trabajadores. Este artesano está muy poco representado en el censo de vecinos de Sueca.

La continuidad de la documentación a lo largo de toda la centuria, posibilita un conocimiento de la evolución secular en diferentes cortes temporales. No obstante, la mayor disponibilidad documental que nos ofrece la segunda mitad del siglo, que es la etapa de mayor crecimiento económico, obliga a profundizar más en este período de mayor expansión de la población en todos los ámbitos. La clasificación, cuantificación y valoración de los diferentes géneros textiles, y su distribución, nos va a permitir comparar y contrastar la información obtenida con los estudios de investigación a lo que ya nos hemos referido, acreditados trabajos sobre el consumo textil en la España preindustrial, llevados a cabo por investigadores en distintos puntos de la geografía, correspondientes a los siglos XVII y XVIII.

FUENTES Y METODOLOGÍA

Desde 1978, tras el coloquio de Estrasburgo,¹² seguido en España del Congreso de Santiago¹³ en 1982, la documentación notarial ha adquirido un especial protagonismo como fuente de estudio de la historia social. Antonio Eiras Roel no dudaba en calificar los protocolos notariales “*como fuente esencial, prioritaria incluso, para determinados estudios*”, entre los que señala de forma destacada los trabajos referidos a la Edad Moderna.¹⁴ Los libros de protocolos notariales constituyen una de las mejores herramientas en manos del investigador de la historia. El hecho de que, generalmente, venga a constituir series históricas de cierta continuidad permite conocer la

¹² Bernard V. Vogler (ed.): *Les Actes Notariés. Source de l'Histoire sociale XVI^e-XIX^e siècles*, Strasbourg, Librairie Istra, 1979.

¹³ Antonio Eiras Roel (ed.), *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada. La Documentación Notarial y la Historia*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago y Junta de Decanos de los Colegios Notariales de España, 1984.

¹⁴ Antonio Eiras Roel: “La metodología de la investigación histórica sobre documentación notarial: para un estado de la cuestión. Tipología documental de los protocolos gallegos” en Antonio Eiras Roel (ed.), *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, tomo I, p. 13.

evolución de una sociedad en determinados períodos de tiempo. Contiene un volumen elevado de datos, y su autenticidad viene avalada por el respaldo de la institución notarial, que garantiza la bondad de la información. Constituye una fuente de enorme utilidad para estudios de la sociedad pre-térta.

Los modelos establecidos por los trabajos aparecidos en los últimos años, referidos a la cultura material y las pautas de consumo, tienen como base de estudio la documentación notarial. La metodología que estas investigaciones han venido consolidando en la historiografía más reciente, así como el enfoque que ofrecen los estudios precedentes, referidos al ámbito valenciano, tanto el relativo a la renta de la burguesía comercial¹⁵ como el que estudia la economía y patrimonio de la nobleza,¹⁶ han servido de modelo para el presente estudio.

La principal fuente la constituyen las series de protocolos notariales, referidos al siglo XVIII, correspondientes a las distintas escribanías existentes durante ese período en Sueca. La consulta se ha extendido a todo el Setecientos, mediante la selección de una muestra que supone la tercera parte del total de protocolos existentes. Se ha procurado que el volumen de documentación analizada fuera proporcional a la distribución temporal, ya que la mayor disponibilidad de información corresponde a la segunda mitad de la centuria. El vaciado de los 68 libros de protocolos ha posibilitado la obtención de una recopilación de *Inventarios Post-mortem*, *Particiones de Bienes* y *Contratos y Cartas Dotales*, que totalizan 340 documentos referidos a distintos vecinos de Sueca.¹⁷ Hay que destacar como positivo que, en la práctica totalidad de los casos analizados, aparece la tasación de los diferentes bienes.

Para profundizar en el conocimiento de los protagonistas que aparecen en las escrituras, así como tratar de comprender mejor la realidad social y económica del momento, se ha considerado conveniente realizar una aproximación prosopográfica a algunos de estos personajes, con el fin de determinar en qué medida incide en los niveles de consumo la situación econó-

¹⁵ Ricardo Franch Benavent: *El capital comercial valenciano en el siglo XVIII*, Universitat de València, 1989.

¹⁶ La aproximación a la cara oculta de la economía nobiliaria. Jorge Antonio Catalá Sanz: *Rentas y patrimonios de la nobleza valenciana en el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

¹⁷ Los fondos de Protocolos Notariales consultados corresponden en su totalidad al ARV. Protocolos de *Basilio Berenguer*: 13.967-13.974. Años 1700-1707. Protocolos de *Josep Miravalls*: 13.188-13.189. Años 1708-1722. Protocolos de *Jerónimo Beltrán*: 12.664-12.669. Años 1726-1740. Protocolos de *Vicente Torrent*: 13.464-13.467. Años 1734-1741 y 1752. Protocolos de *Marcos Aparicio Sr.*: 12.455-12.460. Años 1739-1761. Protocolos de *Bautista Pont*: 13.289-13.307. Años 1761-1779. Protocolos de *Marcos Aparicio Jr.*: 12.461-12.480. Años 1780-1800.

mica y social. La documentación municipal permite un acercamiento a los grupos que constituyen las oligarquías. El análisis del contenido de los Acuerdos Capitulares nos ha facilitado la composición de los órganos de gobierno: *Justicias, Jurados, Consejeros*, para la primera *etapa foral*; *Alcaldes Ordinarios, Regidores, Síndicos, Procuradores...*, en la etapa borbónica. Para completar la información relativa a la evolución de los patrimonios familiares, se ha recurrido a los *Padrones de Riqueza* y los *Libros del Reparto del Equivalente* del siglo XVIII.

Prescindiendo de la crítica a las limitaciones metodológicas derivadas de la utilización de las fuentes relacionadas con los protocolos notariales,¹⁸ en este apartado abordamos el modo en que se ha resuelto las diferentes fases del proceso de la obtención, tratamiento y sistematización de la información. El trabajo de Xavier Lencina¹⁹ ofrece una serie de directrices referidas a la correcta selección de los inventarios²⁰ y de manera especial la información que facilita relativa a la “*Ficha de vaciado de datos*”, que, como señala, persigue conseguir un soporte lo más polivalente posible para poder ser adaptada a cualquier tipo de objeto. En un modelo de tabla se establecen los *ítems* que componen los inventarios post-mortem, necesarios para determinar aspectos referidos a la cultura material.

Para la consecución de la primera fase del plan de trabajo, consistente en el vaciado de los bienes materiales contemplados en los *contratos dotales* y los *inventarios post-mortem*, contenidos en los protocolos notariales, se hacía necesario contar con un instrumento que facilitara la recogida de

¹⁸ Desde que F. Braudel fue consciente de la elevada capacidad que ofrecía esta fuente, a la que no dudó en calificar de “*documents de vérité*”, especialmente para el estudio de la Historia Moderna, como señalaba Antonio Eiras, se han sucedido opiniones a favor y en contra de su utilización. Ricardo Franch señala las ventajas de la utilización de esta fuente de los Inventarios Post-mortem, herramienta habitual de uso para las investigaciones de la historia rural y urbana en época moderna, aunque se hace eco de las reticencias que plantean sus detractores, en concreto se refiere a Maurice Garden, que rechaza su utilización debido a la intervención judicial y la actuación de parte interesada, cuestión que no nos afecta, ya que la documentación que sustenta la presente investigación corresponde en su totalidad a actuaciones notariales, sin intervención de la justicia. Contrariamente el profesor Franch, al referirse a los Contratos dotales, señala que la información que proporcionan “*es de muy baja calidad, reduciéndose simplemente a los bienes que la mujer aporta al matrimonio y apareciendo sólo en muy raras ocasiones una declaración del marido sobre su fortuna personal en dicho momento*”, Ricardo Franch Benavent: *El capital comercial...*, *op. cit.*, pp. 24-29.

¹⁹ Xavier Lencina Pérez: “Los inventarios «*post mortem*» en el estudio de la cultura material y el consumo: propuesta metodológica. Barcelona, siglo XVII”, en *Consumo, condiciones de vida...* *op. cit.*, pp. 41-60.

²⁰ En nuestro caso esta elección estaba previamente determinada por el hecho de que la base temporal era la totalidad de la centuria y la espacial, los protocolos correspondientes a la población de Sueca, por tanto no tenía sentido una selección a priori por grupos socio-profesionales, ya que la misma vendría determinada en función de los resultados que el vaciado de protocolos nos ofreciera.

datos. Hemos de reconocer que, si bien se ignoraba a priori la magnitud que finalmente iba a alcanzar la misma, esta se intuía como muy numerosa, por lo que el recurso a la ficha informática era imprescindible. Para la segunda fase, que respondía a la clasificación del resto de la información de carácter patrimonial, resultaba conveniente disponer de una tabulación por niveles de riqueza. Así mismo, los distintos tipos de bienes inmuebles, rústicos, la posesión de otros tipos de objetos, el ajuar doméstico, o elementos suntuarios como joyas, cuadros o libros, deberían aparecer clasificados. Para la tercera fase del trabajo, que buscaba completar el estudio de las filiaciones sociales de los protagonistas y sus niveles de renta, había que conocer la correlación existente entre riqueza, nivel social y pautas de comportamiento referido al consumo de determinados objetos. Para ello se cruzaron los datos obtenidos en las escrituras con la documentación de carácter económico y fiscal.

La consulta de la bibliografía especializada había proporcionado determinadas informaciones que aportaban extensas relaciones a considerar: *tipos de tejidos, listas de prendas, colores, tipos de bienes, listas de enseres, profesiones, unidades de medida y capacidad*, etc. Todo ello constituía un elevado volumen de datos que había que utilizar e incorporar en cada ítem, tratando de evitar repeticiones. Se estudiaron las soluciones metodológicas que habían desarrollado las investigaciones anteriores sobre este tipo de documentos,²¹ y finalmente se llegó a la conclusión de que, para poder conjugar todos esos procesos, se debía contar con un soporte adecuado que aglutinara la clasificación por los diferentes niveles. Lo cual nos llevó a configurar una base de datos,²² que se sustentaba fundamentalmente en una serie de fichas que debían soportar la información, y que se dividían en tres grupos principales:

– *Ficha catalográfica*. Que permite identificar el documento, además de contener los datos personales del sujeto que protagonizaba la acción.

²¹ Algunos apartados referidos a metodología entran a valorar aspectos historiográficos o de orden conceptual. Por lo que se refiere a cuestiones relacionadas con la resolución de la problemática que plantea el acceso a la información notarial y su conversión en información serial, hay que destacar, además de la ya comentada aportación de Xavier Lencina, de modo muy destacado la información que facilita Belén Moreno, en la que aporta datos de los 130 diferentes apartados de su “ficha”. Belén Moreno Claverías: *Pautas de consumo y diferenciación social en la Cataluña preindustrial. Una sociedad en transformación a partir de los inventarios post-mortem*. Tesis doctoral inédita, dirigida por Laurence Fontaine y Jaume Torras, octubre 2002, pp. 65-70.

²² La base de datos está relacionada con diferentes tablas y ficheros de soporte como son: Tabla de claves; Archivos; Notarios; Protagonistas; Profesiones; Familias de Bienes Genéricos; Bienes Específicos; Unidades; Tipos de prenda; Tejidos; Adornos; Colores. Se establecieron además una serie de controles de seguridad en las tablas relacionales para evitar duplicidades y errores.

– *Ficha de datos económicos*. En la que se recogen todos los bienes materiales que aparecen en los documentos, divididos por tipologías y con indicación del valor unitario de cada uno de ellos.

– *Ficha de textil*. Constituye el tercer documento básico, en el que se recogen todos los bienes referidos al ajuar doméstico y a la indumentaria personal.

Como resultado de la toma de datos de los documentos contenidos en los 68 libros de protocolos notariales, se han obtenido un total de: 340 *Fichas catalográficas*; 4.852 *Fichas de datos económicos* y 6.895 *Fichas de textil*. Con carácter adicional se han utilizado bases auxiliares que contienen información complementaria, en concreto la base de *Testamentos* que incluye un total de 506 fichas.

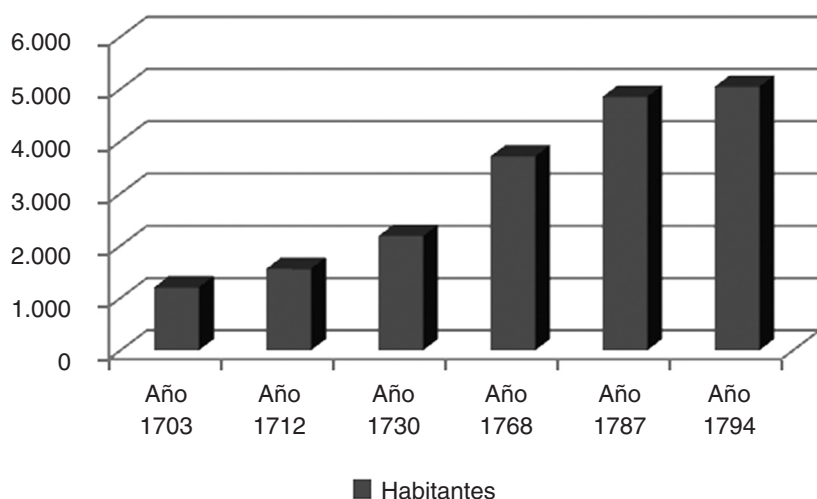
Por lo que se refiere a la Documentación municipal, se dispone de diferentes tablas: *Relación de Alcaldes, Regidores y otros cargos de Sueca desde 1700 a 1800*. *Padrón de Riqueza de 1729*. *Padrón de Riqueza de 1760*. *Libro Padrón del Equivalente de 1786*, referido a terratenientes y arrendatarios de las tierras. *Padrón de Vecinos de 1794-1797*. Toda esa información se ha integrado para poder establecer las relaciones de los protagonistas.

UN EJEMPLO DE SOCIEDAD RURAL. SUECA EN EL SIGLO XVIII

La centuria del Setecientos supuso, económica y urbanísticamente, el período de mayores transformaciones en la localidad, sentando las bases de la estructura económica, social y política al final del Antiguo Régimen. Con un ritmo más acelerado en la segunda mitad del siglo, se producen los grandes establecimientos de tierras. Los mayores enfiteutas pasan a ser los miembros de la nobleza relacionados con la administración del gobierno, como Miguel de Múzquiz, Cristóbal de Vilches, la familia Caro, que constituyen los principales beneficiarios de las concesiones que realiza el Rey, como Administrador de la Orden de Montesa. Junto a los anteriores, aparece un reducido grupo de miembros de la élite de la capital de Valencia, seguidos a cierta distancia por establecimientos de extensiones de menor superficie, en manos de grupos de propietarios de las capas sociales medias, entre los que encontramos a miembros de la oligarquía local. Es en estos momentos cuando comienza a identificarse como propietario al enfiteuta, al poseedor del dominio útil.

La población de Sueca en el trascurso de la centuria experimentaría uno de los crecimientos más importantes, llegando a multiplicar el número de sus habitantes por cuatro. Hasta mediados del siglo XVIII, según los diferentes censos, no se superaba el número de 2.000 habitantes. Sin embargo, el

POBLACIÓN DE SUECA (SIGLO XVIII)



censo de Aranda de 1768 eleva la población a 3.713 habitantes y diecinueve años después, el de Floridablanca de 1787, la sitúa en 4.856. Esta cifra está en consonancia con los datos de población que en 1793 ofrece el *Diario de Valencia* (1.220 vecinos), muy similares a los que el año siguiente aportaba el botánico Cavanilles (1.225 vecinos).²³ La evolución demográfica fue paralela al desarrollo de las estructuras productivas, al tiempo que provocó un cambio en la configuración del trazado urbano, dando pie al ensanche de la población con la apertura de nuevas calles.

El arroz operó como motor de atracción, debido a las elevadas expectativas laborales que genera la expansión de su cultivo. La transformación en arrozales de las tierras pantanosas próximas a la Albufera requería un mayor número de brazos. La necesidad de disponer de alojamientos para albergar la masiva afluencia de personas y las mejores condiciones de vida provocarán una importante expansión urbanística de la población. Pero además,

²³ La información del número de habitantes se ha obtenido por aplicación del coeficiente medio de 4 habitantes por vecino. Los censos utilizados son: para 1703: Fogatges de 1703, que contempla 293 fuegos (Carmen Pérez Aparicio: "El fogatge de 1703. Nuevos datos para la historia demográfica del País Valenciano", en AA.VV.: *La población valenciana. Pasado, presente, futuro*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1998, pp. 70-94); para 1712-1714 se ha utilizado el censo de Campoflorido, que facilita un total de 379 vecinos (J. S. Bernat Martí i M. A. Badenes Martín: *El crecimiento de la población valenciana (1609-1857)*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1994, pp. 208-243). Manuel Ardit Lucas; Miquel Àngel Badenes Martín; Joan Serafi Bernat Martí: *El País Valencià en el cens d'Aranda*, València, Universitat de València, 2001, p. 208.

también solicitaban atención otro tipo de necesidades derivadas del propio crecimiento demográfico. Se puede afirmar que en el siglo XVIII, la actividad productiva que se desarrollaba en Sueca mayoritariamente era la agricultura. La intensidad del trabajo en los cultivos dejaba un reducido margen para la dedicación a otras ocupaciones. Por otra parte, la competencia de los productos importados, que en justa correspondencia con las exportaciones de arroz se recibían, impedía el desarrollo de un sector artesanal de carácter local. Las industrias de transformación se limitaban a la molinería, y únicamente las necesidades de servicios, derivadas del crecimiento de la población, llevarían al surgimiento de un reducido grupo de *carpinteros*, *herrerros*, *sastres*, *zapateros*, *panaderos*, *taberneros* y *cereros*, alguno de los cuales conseguiría adquirir cierta relevancia social y económica a partir de la segunda mitad de la centuria. En la década de 1750 el exiguo sector servicios existente a principios de siglo se incrementaría en el número y en la variedad de los oficios.

La llegada de capital exterior provocaría importantes innovaciones socio-económicas en la población. Los grandes beneficiarios de este crecimiento agrario serían fundamentalmente: la burguesía mercantil de la ciudad de Valencia y grandes terratenientes, incluida la nobleza, que aprovecharon la coyuntura favorable para adquirir tierras en Sueca. Este cambio en la composición de la propiedad vino a potenciar un tipo de agricultura intensiva y comercial que tendría un significado carácter rentista, recurriendo al arrendamiento a corto plazo, como forma de explotación más extendida. Este modelo de agricultura determinaría modificaciones en la estructura y en el desarrollo social de la población. No obstante, la adquisición de propiedades por terratenientes no impedirá la consolidación de los miembros de la oligarquía local, en su mayoría campesinos acomodados. Estos no dudarán en incrementar sus explotaciones por la vía del arrendamiento a los propietarios absentistas. El nuevo régimen de explotación de las tierras comportaba una fuerte dependencia del mercado –dada la mayor necesidad de disponibilidad de numerario– por la obligación de tener que satisfacer los pagos del alquiler en metálico.

Hemos asistido al despegue demográfico y económico de esta población de la Ribera a lo largo del siglo XVIII, con un avance progresivo –no exento de dificultades en el último tercio del siglo– que en las primeras décadas de la segunda mitad tendrán su momento de mayor esplendor. La adopción de una agricultura comercial y las transformaciones sociales derivadas de los cambios en la estructura de la propiedad, directamente relacionadas con el crecimiento agrario y las nuevas formas de explotación de la tierra, generaron una mayor dependencia del pequeño y mediano campesino que, o había dejado de ser propietario para convertirse en arrendador, o se veía obligado a vender su trabajo como mano de obra asalariada. La composición de la comunidad rural ofrecía una fuerte polarización.

La primera información, referida al siglo XVIII, sobre los niveles de renta de los vecinos de Sueca nos la facilita el padrón de riqueza de 1729. Las mayores rentas corresponden a las familias Artal, Baldoví, Beltrán, Cebolla, Fos, Miñana, Sanz, apellidos pertenecientes a los miembros de la oligarquía local, vinculados al poder municipal y que perdurarán a lo largo de toda la centuria. Los censos posteriores ofrecen pocas variaciones en la composición del reducido grupo de los grandes propietarios de Sueca, con excepcionales incorporaciones, como es el caso de los Grau, Iborra, Serrano, Cardona y Ortells, que mantienen relaciones familiares con los anteriores.

A medida que avanza la centuria del Setecientos, asistimos al afianzamiento de las familias que conforman la oligarquía local. Una élite que está constituida mayoritariamente por labradores enriquecidos y sus familias. Un reducido grupo que se ha servido de los diferentes medios a su alcance para consolidar sus patrimonio, siendo el más recurrente el de la utilización de las estrategias matrimoniales. Una acertada política en la elección de las esposas, y los maridos, al tiempo que mejoraba el entramado económico, reforzaba los lazos de pertenencia al grupo. Apellidos que veremos ocupando los cargos relevantes del consistorio y que protagonizarán un ascenso social a lo largo de la segunda mitad de la centuria, valiéndose de diferentes medios, entre ellos el de conseguir la condición de *Familiar del Santo Oficio*, que constituye una de las vías más seguras para obtener el reconocimiento y la distinción social del resto de los convecinos. Los miembros de esta oligarquía, que explotaba directamente sus posesiones o bien administraba las propiedades de los terratenientes forasteros, estarán en condiciones de ofertar los dos bienes más preciados del momento: el capital, mediante los préstamos a usura, y la tierra, mediante la fórmula del arrendamiento o subarrendamiento. Entre los miembros influyentes de la sociedad local, constituida principalmente por labradores enriquecidos, encontramos también abogados, escribanos, presbíteros y algún comerciante importante, aunque sus niveles de renta disten del de los enfiteutas acomodados.

Los grupos anteriores son exclusivamente representativos de una élite, y como tal minoritaria. El grueso de los vecinos de Sueca está constituido mayoritariamente por pequeños propietarios, arrendatarios y jornaleros, que vienen a representar las cuatro quintas partes de los vecinos, distribuidos en dos grupos: labradores 45% y jornaleros 55%. En la parte inferior del segmento de la población se sitúan los pobres de solemnidad, entre el que encontramos a la mayoría de las viudas,²⁴ que representa el cerca del

²⁴ Expresamente cerca del 20% de las viudas que aparecen en el *Libro Padrón General de Vecinos* del año 1797, lo hacen bajo el calificativo de “pobres”. A.H.M.S. EST-0014/001. Padrón de Vecinos. Año 1794-1797.

10% del total.²⁵ A este colectivo de menesterosos habría que añadir el de trabajadores temporales en los períodos de baja actividad agrícola.

Cabe señalar los elementos característicos en la estructura de la propiedad agraria de los vecinos de Sueca, en la que el colectivo de oficios que aparecen como labradores representaba el 82,5% del total de la población activa. Dentro del heterogéneo grupo que responde a este calificativo profesional encontramos distintas realidades.

En primer lugar, los enfiteutas vecinos de Sueca, un reducido grupo, pero que constituye a la vez un importante sector de labradores acomodados. A lo largo del siglo XVIII serán detentadores del poder municipal, y beneficiarios del arrendamiento de los derechos señoriales. Entre ellos encontramos los conocidos apellidos, repetidos a lo largo de este trabajo. Son familias que conseguirán incrementar sus propiedades mediante una estudiada estrategia de enlaces matrimoniales y de compras. Pero que no dudarán en acudir al arrendamiento de tierras a los terratenientes, que pasarán a ser explotadas por ellos mismos o que subarrendarán. La difícil reconstrucción de las relaciones de parentesco entre los miembros más destacados de la comunidad, nos impide una mejor aproximación a los patrimonios familiares derivados de ellas. El estudio de todas las posibles filiaciones, sin duda, nos ofrecería una imagen en la que el índice de concentración de la propiedad se vería incrementado.

La segunda posición estaría ocupada por el grupo de pequeños y medianos propietarios, que progresivamente sufrirían los efectos de la fragmentación de sus haciendas, por la vía de la división de las herencias, y la pérdida de las tierras por la necesidad del recurso al préstamo. Estos pequeños y medianos propietarios se vieron obligados a recurrir al arrendamiento o subarrendamiento de tierras ajenas, para poder mantener un nivel de subsistencia. Los campesinos sin tierra constituirían el tercer grupo. Se trata de jornaleros o criados de labranza que, a finales de la centuria del Setecientos, representaban más de la mitad de la población activa de Sueca y que aparecen con menos asiduidad en la documentación que hemos manejado. La posibilidad de otorgar escrituras de constitución de dote a favor de sus hijas, o el hecho de que sus exiguos bienes fueran objeto de inventario, son muy remotas.

La composición del 17,5% de la población activa restante resulta mucho más dispar, tanto a nivel económico como social y cultural. Dentro de

²⁵ Se han localizado dotes otorgadas por la Administración Rubert, gestionadas por el Ayuntamiento. Estas dotes destinadas a doncellas pobres huérfanas, de padre o de madre, suponen en todos los casos una donación de 50 libras. Juan Rubert, labrador de Sueca, fundó en 1614 una obra pía, que contaba con una serie de bienes, principalmente tierras explotadas en arrendamiento, cuyos rendimientos eran destinados a la dotación anual. En base a lo anterior, resulta muy difícil encontrar dotes por un monto inferior a las 50 libras. AHMS. Administración de Jurats. Caixa F.A. 84. Llibre 228. Quadern 44. Años 1614-1744.

este reducido colectivo podemos establecer una calificación que se distribuye entre un primer grupo compuesto por: *Ciudadanos, Presbíteros, Familiares del Santo Oficio, Comerciantes, Profesionales Liberales: Escribanos, Abogados, Cirujanos y Doctores*; y un segundo formado por *Obreros y Artesanos: Carpinteros, Cereros, Herreros, Molineros, Panaderos, Sastres, Taberneros y Zapateros*, que son los que aparecen en la diferente documentación tratada.

EL TEJIDO COMO ELEMENTO DE ESTUDIO DE LA CULTURA MATERIAL

Gracias a la expansión del cultivo del arroz, un sector más amplio de los habitantes de Sueca pasan de los niveles de supervivencia a iniciarse —de manera muy tímida en un principio— en los de consumo. A medida que las necesidades elementales se ven satisfechas, en paralelo al incremento del poder adquisitivo, tratan de incorporar otro tipo de exigencias, cada vez más complejas, que desplazan la percepción del concepto de lujo. La simple categoría de necesidad ya no es adecuada, pues la satisfacción de una carencia facilita la satisfacción de otras.²⁶ La cuestión que nos planteamos es cómo medir estas variaciones; cómo establecer unos puntos de referencia que nos permitan evidenciar ¿qué factores inciden en el cambio de la cultura material?²⁷ y ¿a quién afectan estos cambios?

Conviene, en este punto, insistir en los contrastes que existen entre los documentos referidos a los inventarios y los correspondientes a las dotes. Se producen en etapas opuestas de la vida de la persona. Los inventarios hay que situarlos al final de la misma, en el instante en que concluye la sociedad conyugal, momento en que los bienes han alcanzado la mayor consolidación posible. Por el contrario, las dotes constituyen el germen de esa sociedad conyugal, el momento en el que empieza a formarse el patrimonio familiar. Ni el tipo de bienes que aparecen, ni las cantidades, pueden ser homogéneos, de ahí que hayamos recurrido a establecer una marcada dife-

²⁶ N. J. Greville Pounds: *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 22-23.

²⁷ Cultura material entendida como la “expresión tangible de los cambios producidos por los humanos al adaptarse al medio biosocial y en el ejercicio de su control sobre el mismo. Si la existencia humana se limitase meramente a la supervivencia y satisfacción de las necesidades biológicas básicas, la cultura material podría consistir simplemente en los equipos y herramientas indispensables para la subsistencia... Pero, las necesidades del hombre son múltiples y complejas, y la cultura material de una sociedad humana, por más simple que sea, refleja otros intereses y aspiraciones. Cualquier ejemplo representativo de las manifestaciones de la cultura deberá incluir obras de arte, ornamentos, instrumentos de música, objetos de ritual y monedas u objetos de trueque, además de la vivienda, vestido y medios de obtención y producción de alimentos y de transporte y mercancías”. D. E. Hunter y P. Whitten: *Enciclopedia de la antropología*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 1981, p. 201.

renciación. Dada la mayor disponibilidad documental referida a las *Cartas dotalas* nos referiremos exclusivamente a estas para determinar las variaciones de consumo.

En el trascurso de la primera mitad de la centuria, la ropa de vestir, que constituye la *dote* de la novia, apenas se ha incrementado, aunque sí lo ha hecho el valor medio de la misma. El mayor crecimiento corresponde al inicio de la segunda mitad del siglo, el período comprendido entre 1751 y 1775. Las prendas crecen en un 18,11%, y su valor lo hace en el 77,82%. Veinticinco años después, se modera el incremento, aunque sigue teniendo carácter positivo. Las prendas que componen la indumentaria media de los vecinos de Sueca, entre 1776 y 1800, creció en un 8,73%, mientras que su valor tan sólo se elevó en un 5,10%. Contrariamente la ropa de casa disminuyó en este mismo período en un 17,86%.

En relación al número de las prendas de indumentaria, hemos constatado un hecho significativo. Se puede hablar de una especie de *dote tipo*, que se compondría de 18 prendas de vestir. Podemos considerar que la *dote tipo* está constituida por una serie de prendas que adquieren la condición de imprescindible, a juzgar por la frecuencia con la que se repiten en los documentos. La calidad, el tipo de tejido y el estado de uso varían según la condición económico-social. Con el trascurso del siglo, la *dote tipo* se modificará, incorporará nuevas modas, diferentes tejidos, pero la mayor variación se producirá en el orden económico. La calidad de las prendas, más que su número, es la que marcará la diferencia entre las dotes.

No vamos a entrar a valorar la repercusión de la oferta en el incremento de la demanda, y en qué medida determinó las pautas de consumo de la sociedad suecana del siglo XVIII, especialmente en lo que se refiere a su segunda mitad. No es objeto de este trabajo. Pero no podemos ignorar la influencia que la proximidad a la ciudad de Valencia tuvo en la adopción de determinadas formas de vestir, e incluso el hecho de que, en justa reciprocidad a la comercialización hacia diferentes puntos de la geografía —no solo peninsular— del arroz, tuvo el vecino puerto de Cullera,²⁸ para favorecer la permeabilidad de entrada de mercancías exteriores.

Nuestro objetivo se limita a analizar la evolución del consumo y la composición de los grupos de consumidores, así como a tratar de conocer el peso que el vestido tuvo como elemento de diferenciación social en esta

²⁸ Entre las mercancías que tienen entrada en el puerto de Cullera durante el siglo XVIII aparecen los tejidos de seda, los listados de algodón y diferentes clases de “*draps*” de telas. Durante buena parte del siglo XVIII, prácticamente hasta 1791, el puerto de Cullera rivalizó con el del Grao de Valencia por conseguir la condición de puerto hegemónico del Golfo de Valencia. Luis M. Rosado Calatayud, “Una aproximación al mercado y a la actividad comercial en la Cullera de fines del XVIII” en *VIII Jornades d’Estudis de Cullera*. Cullera, 23, 24 i 25 de Novembre de 2007, Ajuntament de Cullera, 2009, pp. 69-93.

muestra de la sociedad rural valenciana. Las prioridades en la adquisición de los diferentes artículos vienen determinadas por aquello que cada individuo considera como necesario. Aunque este concepto adquiere una dimensión totalmente subjetiva. Su materialización difiere de acuerdo con el estatus económico y social de cada persona. En cualquier caso, en un primer plano se localizarían aquellos artículos que se pueden considerar básicos. Si tenemos en cuenta exclusivamente la cuestión económica, el consumidor, de manera progresiva, iría estableciendo cotas sucesivas –en función de los recursos excedentarios disponibles–, lo que permitiría atender otro tipo de necesidades no prioritarias. Gradualmente, este esquema abocaría a la adquisición de aquellos elementos que responden a la concepción de lujo. Pero en las pautas de consumo –además del estatus económico– intervienen factores que guardan relación con el nivel social y cultural de los protagonistas. Estos factores son difícilmente cuantificables. El vestido, además de constituir una de las necesidades prioritarias del ser humano, ha ejercido siempre una función social muy importante. La indumentaria supone uno de los mayores indicadores externos del estatus de la persona, por tanto, cada uno debía consumir de acuerdo con su propio rango. La riqueza y el nivel social tenían su mayor manifestación en el vestido.²⁹ En una economía estacionaria, como la del Antiguo Régimen, el consumo social-cultural responde a unas pautas definidas. Y el consumo en el vestido revela el estatus de quien lo posee. Se invierte en reafirmar una posición social privilegiada.³⁰

Mientras que en los niveles básicos de consumo, el tipo de prendas que aparecen en las dotes corresponden a aquellas en las que en su composición intervienen fibras derivadas del lino, “*lienzo casero*”, y con posterioridad el algodón, aunque existan excepciones. El consumo de lujo se decantará por los artículos de mayor calidad y precio. Este tipo de consumo es desarrollado por los vecinos con mayores niveles de renta, y aquellos que destinan una parte del capital económico a capital social, político, cultural o simbólico. Ambos grupos, en el momento de componer las dotes, tratarán de incorporar las innovaciones tanto en las prendas como en la variedad de tejidos, recurriendo incluso a los de importación. Se perseguía establecer

²⁹ Llama la atención cómo en esta comunidad rural, en donde a principios del XVIII los espacios de sociabilidad estaban limitados a la iglesia, en el caso de las mujeres, y la taberna como lugar de ocio y el consistorio como centro oficial, en el caso de los hombres, encontramos vestidos femeninos que responden a la característica de “*ir a misa*”. Juegos compuestos por basquiña y jubón, en colores oscuros, y confeccionados en *sarga*, *hilo* o *bofins*, con pocos adornos, que eran destinados a este menester, según se desprende de la documentación que aparece en las dotes e inventarios en los años 1703, 1704 y 1705, e incluso en algún documento referido a 1730, ARV. Protocolos de Basilio Beltrán. 13.970, año 1703, 13.971, año 1704 y 13.972, año 1705. ARV. Protocolos de Jerónimo Beltrán, 12.666. Año 1730.

³⁰ Pierre Bourdieu: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991, p. 175.

diferencias respecto del resto de los vecinos, disponer de elementos lo más ostentosos posibles, en número y variedad. Lo que se pretendía era estar a la moda, destacar sobre el resto de los conciudadanos. La utilidad de los artículos adquiridos provenía del efecto que estos bienes producían en el resto de las personas, lo que a su vez generaba la satisfacción³¹ del comprador.³² A lo largo del Setecientos se ha ido incrementando la variedad de tejidos, tanto nacionales como de importación. Las prendas elaboradas con *napolitanas*, *grisetás*, *holandas*, *batistillas*, por poner solo algunos ejemplos, las *gasas*, o los *tejidos finos* de *lana* y *algodón*, rivalizan con la *seda*. A las puertas del siglo XIX, la *seda* ha dejado de tener, con carácter exclusivo, el signo de distinción de una determinada posición social. Los dictados de la moda, su precio, lo novedoso de su composición, hace que las élites demanden otro tipo de tejidos.

Es necesario tratar de conocer cómo afectaba cada una de las anteriores cuestiones, en el momento de elegir las prendas que constituían una dote. Qué prioridades se trataba de atender, y en qué medida, estas variaron a lo largo de todo el siglo XVIII. Por último, resulta importante conocer hasta qué punto eran diferentes para cada uno de los grupos de actividad socio-profesional, dentro del limitado abanico de opciones que, como hemos visto, nos ofrece una sociedad eminentemente agraria, cuya ocupación concentra más del 80% de la población activa.

Por lo que se refiere a la primera mitad de la centuria, a nivel global observamos una marcada división. Las dotes constituidas por *Ciudadanos* y *Hacendados* cuentan con un número de prendas muy superior a la media. Esta diferencia viene marcada fundamentalmente por la ropa de casa. En relación con la indumentaria, observamos que –además de los *Hacendados*– las dotes constituidas por aquellos vecinos cuya actividad tiene una mayor relación exterior (*Ciudadanos*, *Profesionales* y *Artesanos*), poseen un mayor número total de prendas. Contrariamente, estos dos últimos grupos disponen de un reducido número de prendas referidas al ajuar doméstico, en beneficio de la ropa destinada al vestido personal. Para el período comprendido entre 1751 y 1775, se produce un crecimiento muy importante en el número de prendas en la totalidad de los colectivos. No obstante, el perfil de distribución de la primera mitad del siglo se repite, tanto a nivel total como en relación con el vestido y la ropa de casa. El último cuarto de siglo nos ofrece cambios significativos. Destaca el grupo de *Profesionales* y desaparece el grupo de *Ciudadanos*. Los *Hacendados* consolidan el fuerte crecimiento que

³¹ Una de las acepciones de la palabra *satisfacción* es la de presunción, vanagloria, confianza, cumplimiento del gusto. *Diccionario de la lengua castellana...* 1780, pp. 826,3.

³² En la cultura del consumo de lujo, gastar se convierte en un imperativo categórico. Daniel Roche: *Histoire des choses banales. Naissance de la consommation dans les sociétés traditionnelles (XVII^e-XIX^e siècle)*, Paris, Fayard, 1997, p. 33.

se había iniciado en la segunda mitad del siglo, y prácticamente duplican el número de prendas de la media total. Los artesanos han ido escalando posiciones, que también tienen su origen en la década de los años 50.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La conformación que presenta la estructura profesional de la sociedad suecana del siglo XVIII, hemos tratado de calificarla en cuatro niveles de consumo, de acuerdo con las pautas que identifican la presencia de determinada cantidad y tipo de los bienes recogidos en la documentación notarial. En términos generales estos vienen a coincidir con la clasificación de actividades socio-profesionales.

La ordenación que ofrecemos obedece a un período concreto de tiempo –y por tanto es cerrada y prácticamente de carácter nominal– por el hecho de referirnos a niveles de consumo, no podemos hablar de grupos estancos. La trasferencia de elementos entre los niveles de clasificación próximos, sin duda se produciría. El ascenso o descenso de nivel, respecto a la posición anterior, vendría determinado por un cambio de actitud respecto al consumo, el cual no obedecería exclusivamente a la coyuntura económica, sino a los distintos condicionantes de orden social, cultural y político, que determinaban la necesidad de un comportamiento concreto en un tiempo preciso.

El nivel superior de consumo lo configuran los *Hacendados*, y un número reducido de destacados miembros de la sociedad local que ejercen de rentistas, entre los que incluiríamos a aquellos que aparecen como *Ciudadanos* que cuentan con un importante patrimonio, aunque pueden ejercer alguna profesión. Los artículos textiles que aparecen en sus documentos se sitúan por encima de las 100 prendas de media. Se trata de un grupo reducido de vecinos. Pertenecen a conocidas familias, que consolidan sus relaciones de parentesco, mediante la adopción de prácticas endogámicas a la hora de constituir sus compromisos matrimoniales. Un buen número de los miembros de este grupo presentan lazos familiares con el Marqués de Jura Real. Todos ellos tienen en común la posesión de importantes patrimonios en inmuebles y tierras de labor, bien por herencia, o porque ellos mismos lo han conseguido reunir. Además ejercen cargos relevantes en la administración local y, en la mayoría de los casos, se dedican a actividades de intermediación. Este reducido grupo no sólo detentará importantes extensiones de tierras, sino que diversificará sus actividades arrendando derechos señoriales, facilitando préstamos a campesinos en dificultades económicas, e incluso arrendando tierras a terratenientes absentistas –que subarrendarán o explotarán mediante jornaleros–. Se trata de los miembros destacados de la sociedad, que mantienen un estatus superior al de sus convecinos, como ya hemos señalado. En el momento de otorgar una dote a favor de sus hijas,

cuidarán de que la suntuosidad de las prendas, en calidad y número, esté a la altura de lo que la sociedad local espera de ellos.

El segundo nivel de consumo lo integran los vecinos que ejercen profesiones liberales: *doctores, cirujanos, abogados y escribanos*. Así mismo, lo integran el resto de los componentes del grupo que hemos denominado como *Ciudadanos*. En concreto a los miembros del clero secular parroquial, y a los *Familiares del Santo Oficio* que no alcanzan los niveles patrimoniales del grupo anterior, el referido a los *hacendados*. En él se incluyen también, aunque no formen parte de la oligarquía local, comerciantes y algún destacado artesano. Se trata de un colectivo más heterogéneo que el anterior. Sus miembros, en unos casos han alcanzado el reconocimiento social, aunque no el económico y en otros, ocurre todo lo contrario. Pero en ambos concurre, al menos por lo que se deduce de la composición de las dotes correspondientes a este grupo, una mayor preocupación por la apariencia exterior –por la indumentaria personal– que por el ajuar doméstico.

Un tercer grupo lo compondrían: el artesanado medio, los comerciantes al por menor y los labradores. Este último colectivo es el que mayor representación ofrece en la documentación. En concreto nos referimos a los campesinos pequeños y medianos propietarios favorecidos por la expansión de la agricultura, entre los que podemos incluir a los arrendadores y subarrendadores de tierras, campesinos que mantienen las formas de vida propias de una comunidad rural tradicional. Este grupo se caracteriza por su inestabilidad, su dependencia de la coyuntura económica y la inevitable fragmentación de sus propiedades. Con frecuencia, se encuentra en la necesidad de acudir al mercado del préstamo para poder mantenerse y *pagar las rentas, el equivalente, el agua de riego*, etc. Esta situación, muy extendida en la práctica, llevará en ocasiones a tener que responder a los préstamos usurarios, avalados por ventas a *carta de gracia*, que suponen la hipoteca de sus tierras; que derivan en la pérdida de la propiedad y en su conversión en arrendatario de las tierras que antes poseía. Entre los miembros de este colectivo se podían producir los mayores índices de transferencia entre niveles. En el vértice de este grupo se situarían aquellos cuyos descendientes conseguirían protagonizar un ascenso social, por la vía de la actividad económica, en unos casos, o por el ejercicio de profesiones liberales en otros. En conjunto, el grupo mantiene niveles moderados de consumo, que se sitúan por debajo de los valores medios.

El último de los niveles correspondería al pequeño campesinado, empobrecido, y algún miembro concreto del artesanado. Grupo en el que hay que incluir a aquellas viudas y doncellas, huérfanas o no, que constituyen la dote como resultado de su trabajo personal, y que no siempre se ven favorecidas por el sorteo que anualmente realiza la *Administración Rubert*, institución dedicada a dotar económicamente a las huérfanas para que puedan contraer matrimonio.

Aunque puede parecer exagerado hablar de lo que McKendrick calificó de revolución, a partir de la segunda mitad de la centuria asistimos a un importante despegue de los niveles de consumo, especialmente en el tercer cuarto de siglo, coincidiendo con los momentos de mayor expansión de la actividad agraria. No obstante, sería necesario disponer de estudios de este tipo referidos a poblaciones del entorno para dimensionar adecuadamente esta “*revolución*” que, sin duda, a nivel local se produjo. De lo que sí que tenemos evidencias es de la *revolución de las apariencias* acuñada por Daniel Roche. A la vista de la documentación, a partir de la década de los 50, el vestido se configura como elemento de significación social. Desde muy temprano, desde “*el vestido de ir a misa*” hasta los *vestidos de espolín de la china*, o el *frac*, asistimos a una forma de representación de los niveles de riqueza, se trata de materializar en el vestido el estatus económico y, el pretendido estatus social. La riqueza del tejido con el que ha sido confeccionado, la singularidad del modelo, son claros indicadores del coste del bien material, pero al mismo tiempo, lo que se pretende es que quede patente la capacidad económica del propietario. El vestido se constituye en un indicador de la situación del sujeto que lo posee o lo dona.

A lo largo del XVIII las pautas de consumo se ven modificadas. Asistimos a la aparición de nuevos planteamientos –de los que el mercado no es ajeno– y en los que la moda y la necesidad animan al comercio, y en donde cada uno consume según sus medios. Cabe señalar en este punto la rapidez con la que se adoptan las modas: sólo a título de ejemplo, el mismo año en que aparecen las bayetas finas en Madrid, lo hacen en Sueca. Esto da lugar a una nueva cultura de consumo, donde el gastar es un imperativo categórico.

El vestido pasó a constituirse en un identificador de clase, pero también de género. El vestido masculino dependía cada vez más de su actividad pública y profesional. El rango social del hombre se expresaba por los matices del corte y el material del traje o por la calidad de la camisa y los complementos, mientras que las mujeres se habían quedado con el monopolio de los colores brillantes y las sedas lujosas.

Como señala Daniel Roche, el gusto por la acumulación de objetos ostentosos fue fulminante en el siglo XVIII. Hombres y mujeres fueron los protagonistas en todos los medios, debido a la unificación de los comportamientos, tanto en las ciudades como en los pueblos, que se produjo a través de los vendedores ambulantes, que actúan como difusores de las necesidades nuevas. La circulación de las nuevas modas y la práctica de consumo de productos alcanzó a todas las categorías sociales.

El vestido se convirtió en la Sueca del siglo XVIII en un fenómeno cultural y social.